—¿A qué hotel iremos?—pregunté—. Acaso no sea fácil cosa entrar en la *Cité de París* con una mujer, sobre todo con esta italiana.

Pablo me interrumpió:

—Sí; con esta italiana, que tiene más aire de buscona que de duquesa. Nada me importa. Resuelve á tu gusto.

Quedé perplejo. Había escrito á la *Cité de París* pidiendo habitación... y no sabía cómo decidirme.

Dos mozos, cargados con el equipaje, nos seguían.

Indiqué á Pablo:

—Tú puedes adelantarte; decir que llegamos; insinúas al dueño que me acompaña una... amiga, y que deseamos para los tres un departamento independiente para no rozarnos con los demás viajeros. El entenderá de qué se trata, y con arreglo á su respuesta, decidiremos.

Pero Pablo murmuró:

—Gracias. No me satisfacen esos encargos; yo no vine á prepararte habitación para tus placeres.

Insistí:

—Amigo, no te disgustes. Más vale hospedarse en un buen hotel que en uno de mala muerte, y no

es cosa difícil pedir al dueño tres habitaciones independientes y un comedor particular.

Como repetí lo de «tres habitaciones independientes», dióse á partido.

Le vi entrar en el hotel mientras yo aguardaba en la acera de enfrente, junto á la italiana, silenciosa, y seguido por los mozos que llevaban nuestros equipajes.

Después le vi acercarse de nuevo á nosotros con el rostro adusto, como el de mi compañera.

—Ya está, nos admiten; pero sólo disponemos de dos alcobas; resuelve á tu gusto el problema.

Entramos, y me avergonzaba no poco mi sospechosa compañía.

Nos dieron dos alcobas separadas por una salita. Pedí una cena fiambre, y dirigiéndome á la italiana, dije:

—Sólo hay dos alcobas disponibles; elija usted la que más le guste.

Ella contestó su eterno—«¿Qué más da?»—Entonces cogí su negra maletilla de madera, una especie de baúl de criada, y la llevé á la alcoba de la derecha, la que yo había elegido para ella... para nosotros. Una mano francesa había escrito en un

pedazo de papel encolado sobre la tapa: *Señorita Francesca Rondoli.—Génova.*

Entonces la pregunté:

—¿Se llama usted *Francesca?*

Sin pronunciar una palabra, con la cabeza indicó un «Sí».

Continué:

—Vamos á cenar pronto; pero tiene usted tiempo, si lo desea, de arreglarse.

Contestó con un signo de indiferencia, como quien dice: «No me importa.»

Insistí:

—Después de un viaje largo en ferrocarril, da gusto sacudirse y lavarse un poco.

Luego pensé que acaso no tenía los objetos necesarios á una mujer para su aseo; parecióme que aquella criatura salía de una situación extraña, de una desagradable aventura, y le ofrecí mis cepillos y mis peines, mis tijeras, mis limas y mis esponjas. Abrí un frasco de agua de Colonia, otro de agua de lavanda perfumada, un pomo de *new-mown-hay*, la polvera; saqué mis toallas finas y una pastilla de jabón.

Ella me observaba sin que al parecer la extra-

ñaran ni la satisfacieran mis cuidadosas atenciones.

—Ahí tiene todo lo necesario. Cuando traigan la cena la llamaré.

Y volví á la salita. Pablo había tomado posesión de la otra alcoba, encerrándose por dentro; estuve solo, aguardando.

Un mozo entraba y salía con los cubiertos y las copas, poniendo la mesa muy despacio. Luego sirvió un pollo fiambre.

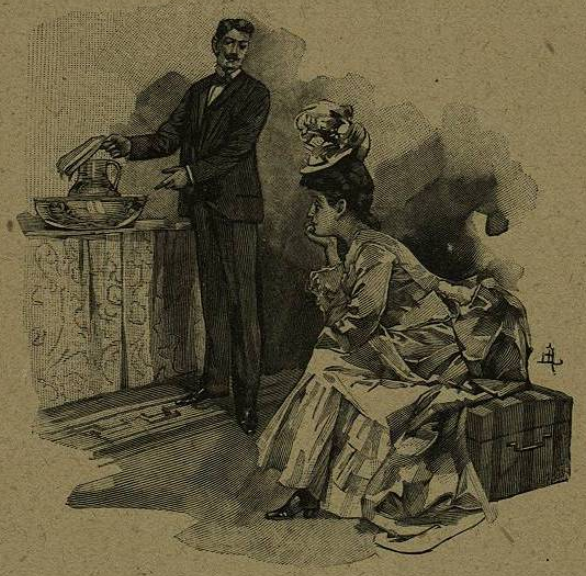
Dí unos golpecitos á la puerta de la señorita Rondoli.

—Entre usted—dijo.

Y entré. Un vaho sofocante de perfumería me ahogó; un olor molesto, recargado, como el que se nota en las peluquerías.

La italiana estaba sentada sobre su maleta en actitud de visionaria descontenta ó de criada despedida. Comprendí al momento de qué modo tenía costumbre de asearse. La toalla estaba doblada sobre el jarro lleno; el jabón intacto y seco junto á la jofaina vacía; pero hubiérase dicho que la joven había bebido la mitad de los frascos de esencias. Con el agua de Colonia, sin embargo, estuvo eco-

nómica; sólo gastó la tercera parte; en cambio, del agua de lavanda perfumada y del *new-mown-hay* había hecho gran consumo. Una nube de polvos



de arroz, una vaga neblina blanca parecía flotar aún en el aire; de tal modo se había embadurnado la cara y el cuello; como nieve la cubrían las cejas, las pestañas, las sienes; llevaba un emplasto en cada mejilla y en todas las concavidades de su

rostro: sobre las alas de la nariz, en el hoyuelo de la barba y en la órbita de los ojos.

Cuando se levantó, prodújose un olor tan fuerte, que sentí jaqueca.

Y nos sentamos á la mesa para cenar. Pablo tenía un humor de todos los demonios. No pude sacarle más que palabras de censura, apreciaciones molestas y cumplimientos desagradables.

La señorita Rondoli devoraba como una fiera. Cuando acabó de comer, quedóse adormecida sobre un sofá. Yo esperaba con inquietud que llegase la hora decisiva del reparto de habitaciones. Decidíme á precipitar los acontecimientos, y sentándome junto á la italiana, le besé la mano con galantería.

Entreabriendo los ojos fatigados, fijó en mí una mirada soñolienta, donde se reflejaba su inacabable descontento.

Entonces le dije:

—Puesto que sólo tenemos dos alcobas, ¿me permite usted recogerme en la suya?

Y ella contestó:

—Haga usted lo que quiera. Lo mismo da.

Esta indiferencia me hirió.

—¿Le parece tolerable mi compañía?

—Lo mismo da. Como usted quiera.

—¿Desea usted acostarse ahora mismo?

—Sí; tengo mucho sueño.

Levantóse, bostezó tendiendo una mano á Pablo, el cual se la tomó rabioso, y la seguí para encender una luz en nuestra alcoba.

Pero una inquietud me obsesionaba.

—Aquí tiene usted todo lo que puede servirle.

Y cuidé yo mismo de vaciar en la jofaina la mitad del jarro y poner la toalla junto al jabón.

Luego me acerqué á Pablo, que me dijo al verme:

—Has traído una magnífica bestia.

Le contesté riendo:

—No repitas la fábula de las uvas verdes.

Insistió con intención malévola:

—Veremos, cuando las pruebes, si se te indigestan.

Estremecíme, y el miedo atormentador que nos persigue después de gozar sospechosos amores, el miedo que nos mengua las delicias de agradables encuentros, los contactos imprevistos, los besos de aventura, me sobrecogió. Sin embargo, mostréme valiente:

—¡Vaya! Esta mujer no es una buscona.

Pero me había sugestionado el maldito, y adivinó en mi rostro la sombra de mis inquietudes.

—¿Cómo lo sabes? ¿La conoces acaso? ¡Eres un hombre asombroso! Recoges en un vagón una italiana que viaja sola; te ofrece, con un cinismo verdaderamente singular, acostarse contigo en una cama cualquiera, ¡y pretendes que no sea una buscona! Y te persuades de que no corres igual peligro que si fueras á dormir en una casa de placer... con una sifilítica.

Y reía con mala intención. Me senté, angustioso, torturado. ¿Qué decidir? Pablo tenía razón. Y un combate horrible se libró dentro de mí entre un temor y un deseo.

Pablo continuó:

—Haz lo que te plazca; yo te advierto para que no te quejes de las consecuencias.

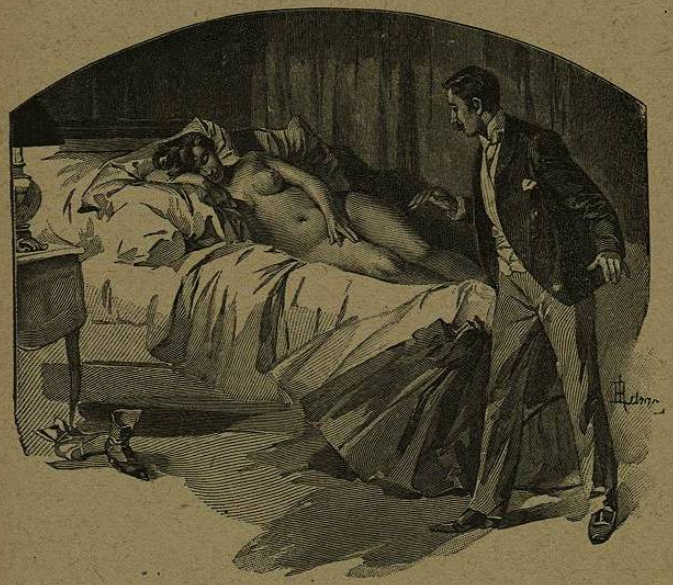
Pero vi en sus ojos una satisfacción tan irónica, un goce tan vengativo, una burla tan sangrienta, que no dudé ni un momento. Le tendí la mano, dándole las buenas noches y diciéndole, como el poeta:

—Quien vence sin peligro, triunfa sin gloria.

En verdad, amigo, por el placer de la victoria me arriesgo yo siempre.

Y entré con paso firme en la alcoba de Francesca.

Quedéme junto á la puerta, sorprendido, mara-



villado. Completamente desnuda, ya dormía sobre la cama. El sueño la sorprendió cuando acababa de quitarse la ropa, y descansaba en la postura hermosa de la magnífica mujer de Ticiano.

Sin duda se había echado lánguidamente para quitarse las medias, las cuales aún estaban sobre la colcha; luego se habría distraído, sin duda, pensando en algo, en algo agradable, permaneciendo inmóvil para no interrumpir su meditación; así, cerrando los ojos dulcemente, se habría rendido al sueño. Una camisa de noche, con el escote bordado, comprada en un almacén de confecciones, lujo de principianta, estaba en una silla.

La mujer era bien formada, joven, dura y fresca.

¿Hay nada más hermoso que una mujer dormida? El cuerpo femenino, de suaves contornos, de seductoras curvas, cuyas abultadas carnosidades precipitan el corazón, parece creado para la inmovilidad del lecho. Esa línea ondulante que se muestra cóncava en el costado, que se levanta en la cadera y desciende graciosa y ligeramente formando la pierna, para terminar con suma coquetería en la punta del pie, sólo se dibuja con todo su exquisito encanto sobre las ropas de una cama.

Me disponía de pronto á olvidar los consejos prudentes de mi amigo, cuando se ofrecieron á mi vista, intactos, los preparativos de aseo dispuestos

30529
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por mí. Sentéme, ansioso, torturado por la irresolución.

Así estuve algún tiempo, mucho tiempo, más de una hora tal vez, sin decidirme á nada: ni al ataque ni á la huida. Considerando absurdo escapar, era necesario que pasara la noche sentado en una silla ó que me acostase arriesgándome á todos los peligros.

En cuanto á dormir, ni en un lugar ni en otro me sería posible; mi cabeza estaba demasiado exaltada y mis ojos demasiado entretenidos.

Me revolvía sin cesar, vibrante, febril, incómodo, excesivamente enervado. Luego me hice un razonamiento de vencido: «Acostarme, no me compromete á nada. Siempre descansaré mejor sobre un colchón que sobre una silla.»

Y me desnudé lentamente. Pasando por encima de la mujer, coloquéme junto á la pared, de espaldas á la tentación.

Así estuve algún tiempo, mucho tiempo, sin dormir.

Pero de pronto mi compañera despertó, abriendo los ojos con sorpresa y mostrando su habitual disgusto. Al reconocerse desnuda, levantóse y

tranquilamente se puso la camisa de noche, con la misma indiferencia que si yo no hubiera estado allí.

Entonces... Diantre... Aproveché la ocasión propicia, sin que á ella la preocupase lo más mínimo. Luego volvió á dormirse plácidamente, apoyando la cabeza sobre su brazo derecho.

Y yo quedé reflexionando acerca de la imprudencia y la debilidad humanas. Al cabo, el sueño me rindió también.

. . . . . .

La italiana se levantó muy temprano, como quien tiene costumbre de hacer algún trabajo por la mañana. El movimiento que hizo al incorporarse me despertó, y la contemplé con los párpados entornados.

Iba y venía, sin apresurarse, como extrañada de no tener cosa que hacer. Luego se acercó al lavabo, consumiendo en un instante cuantos perfumes quedaban en los frascos. También echó mano del agua, pero en poquísima cantidad.

Cuando acabó de vestirse, volvió á sentarse sobre su maleta, y cruzando sus brazos alrededor de una de sus rodillas, quedóse meditabunda.

Entonces, como si despertase y no la hubiese

visto hasta el momento aquel, dije: «Buenos días, Francesca».

Y murmuró, sin mostrarse más agradable que la víspera: «Buenos días».

—¿Ha dormido bien?—la pregunté.

Sin despegar los labios hizo un signo de afirmación con la cabeza; salté de la cama para darle un beso, y me presentó su rostro con un movimiento desdeñoso, como una criatura á la que acarician contra su gusto. La oprimí cariñosamente (ya una vez destapado el vino, fuera necio no beber) y puse lentamente mis labios sobre sus hermosos ojos aburridos, que se cerraban á mis besos, sobre sus mejillas rosadas y sobre sus labios carnosos.

—¿No la agrada que la besen?—dije.

—¿Qué más da?—contestó.

Me senté sobre la maleta junto á la joven, y abrazándola exclamé:

—«¿Qué más da?» «¿Qué más da?» «¿Qué más da?», responde á todo. En adelante la llamaré la señorita «Qué más da».

Por vez primera creí adivinar en sus labios la sombra de una sonrisa; pero fué una impresión tan rápida, que pude muy bien equivocarme.

—Si usted contesta siempre «¿Qué más da?», no sabré qué intentar para complacerla. Vaya, ¿qué haremos hoy?

Dudó un instante, como si el esbozo de un deseo atravesara por su pensamiento; después dijo indolentemente:

—¿Qué más da?; lo que usted quiera.

—Pues bien, señorita «Qué más da»: iremos á pasear en coche.

—Como usted quiera—murmuró.

Pablo nos aguardaba en la salita con el aburrido aspecto de los terceros en asuntos de amor. Yo procuré mostrarme alegre y satisfecho, apretándole la mano con mucha energía, reveladora de confesiones triunfantes.

—¿Qué piensas hacer?—me preguntó.

—Por de pronto andaremos un poco por la ciudad, y luego tomaremos un coche para ver algo de los alrededores.

Almorzamos en silencio; luego salimos á la calle para visitar museos; Francesca se apoyaba en mi brazo. Recorrimos el Palacio Spínola, el Palacio Doria, el Palacio Marcelo Durazzo, el Palacio Rojo y el Palacio Blanco. Francesca, distraída casi de

continuo, sólo alguna vez fijaba en las obras de arte sus ojos fatigados é indiferentes. Pablo, exasperado, nos seguía mascullando palabras desapacibles. Luego un coche nos paseó por la campiña: los tres parecíamos mudos.

Volvimos al hotel á la hora de comer.

Al día siguiente hicimos lo mismo, de igual manera; y al otro día otro tanto.

Pablo me dijo al fin:

—Mira, yo te dejo: no voy á estarme tres semanas viendo cómo enamoras á esa pájara.

Quedé perplejo, muy turbado, porque descubrí, con gran sorpresa mía, que me aficionaba de un modo singular á Francesca. El hombre es débil y tonto, cualquiera emoción le domina y en cuanto sus sentidos se excitan ya no es dueño de sí. Yo me sentía ligado y retenido por aquella muchacha desconocida, por aquella muchacha taciturna y siempre descontenta. Me agradaba su rostro desapacible, la mueca despreciativa de su boca y el aburrimiento de su mirada; me agradaba su expresión de cansancio, sus modales duros y hasta la indiferencia de su caricia. Un lazo secreto, ese lazo misterioso del amor bestial, esa ligadura de la posesión mal

satisfecha, me retenía. Se lo confesé á Pablo tranquilamente; me trató de imbécil y me dijo al cabo: «Está bien; llévala contigo.»

Pero ella se negó en absoluto á irse de Génova, sin explicarnos el motivo. Yo recurrí á los ruegos, á las razones, á las promesas. Todo fué inútil.

Y me quedé con ella.

Pablo dijo que se iría solo; arregló su maleta, pero no se fué.

Y pasaron quince días. Francesca, siempre silenciosa y de mal humor, vivía «junto á mí», porque aquello no era vivir conmigo, respondiendo á todos mis deseos, á todas mis preguntas, á todas mis proposiciones con su eterno «¿Qué más da?», ó con su no menos eterno: «Lo que usted quiera.»

Mi amigo no se aplacaba, y á sus justas cóleras, yo respondía:

—Puedes irte cuando te aburras. No te detengo.

Entonces me injuriaba, cubriéndome de insultos:

—¿A dónde puedo ir ya? Disponíamos de tres semanas y hemos perdido quince días. ¿Cómo voy á continuar solo el viaje? ¿Qué haría yo en Venecia, en Florencia, en Roma? Tú me las pagarás cuando menos lo pienses. No se trae á un hombre

desde París para que vea cómo te diviertes con una buscona italiana, encerrado en un hotel de Génova.

—Pues vuélvete á París—le decía yo tranquilamente.

—Eso haré mañana mismo—contestaba.

Pero al día siguiente, como la víspera, sin apartarse de nosotros, maldecía furiosamente.

Ya nos conocían al vernos vagando desde la mañana á la noche, por las calles estrechas y sin aceras de aquella ciudad que parecía un laberinto de piedra, cruzado de pasadizos, muy semejantes á caminos subterráneos. Andábamos

por esos pasadizos, donde soplan furiosas corrientes de aire; por las travesías encerradas entre muros tan altos que dejan ver apenas una raya del cielo. Los franceses que nos encontraban al paso, asombrábanse de ver á dos compatriotas en compañía de aquella muchacha displicente, adornada con telas chillonas, cuyo aspecto era extraño, comprometedor, impropio de nuestro porte.

Francesca se apoyaba en mi brazo sin reparar en nada. ¿Por qué permanecía conmigo, con nosotros, que al parecer no sabíamos agradarla? ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Tenía un proyecto, una idea? ¿O vivía de los encuentros, de las casuales aventuras? Yo trataba inútilmente de juzgarla, de penetrarla, de razonarla. Cuanto más la conocía, más me sorprendía, mostrándose cada vez más incomprensible. Seguramente no era una buscona como las que hacen un oficio del amor. Sin duda era hija de una familia pobre; seducida, arrastrada, luego abandonada y al fin perdida sin recursos. Pero ¿qué proyectos eran los suyos? ¿Qué aguardaba? ¿Por qué no hacía el menor esfuerzo para conquistarme, ni para conseguir de mí algún provecho material?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Traté de sonsacarla, preguntándole algo de su niñez, de su familia; no me contestó. Y seguía á su lado con el corazón libre y la carne atenazada, nunca satisfecho de sus caricias ni harto de tener en mis brazos aquella hembra insensible y arisca, ligado á ella como una bestia, por la sensualidad, seducido, vencido por su carne, por la frescura juvenil y sana de su piel sabrosa, por las correctas líneas de su cuerpo robusto.

Transcurrieron ocho días más. El fin de mi viaje se acercaba, porque debíamos volver á París el 11 de Julio. Pablo se había resignado, pero no dejaba de injuriarme. Yo me preocupaba mucho, inventando placeres, distracciones, paseos, para distraer á mi querida y á mi amigo.

Un día les propuse una excursión á Santa Margarita. El agradable pueblecillo, rodeado de jardines, ocúltase al pie de una costa que avanza en el mar hasta Portofino. Los tres seguíamos el deleitoso camino que serpentea sobre la montaña.

De pronto, Francesca me dijo:

—Mañana me será imposible pasear con ustedes. Iré á ver á mi familia.

Y calló.

No quise preguntarle nada, seguro de que no me contestaría.

En efecto, se levantó muy de mañana, y como yo siguiera echado, sentóse á los pies de mi cama y dijo recelosa, turbada, contrariada:

—Si por la noche no he vuelto, ¿irá usted á buscarme?

—Seguramente. Pero ¿á dónde?—pregunté.

—Vaya usted á la calle de Víctor Manuel, y tomando el Pasaje Falcone y la travesía de San Rafael, entrará usted en la casa de un mueblista que hay allí; en el fondo del patio, á mano derecha, pregunta usted por la señora Rondoli. Allí vivimos.

Y se fué, dejándome de veras preocupado.

Viéndome solo, Pablo me preguntó por Francesca, y le referí lo que ocurría.

—¡Bueno! Aprovecha la ocasión y vayámonos—dijo—. Así como así, ya es tiempo de que volvamos á París. Dos días antes ó dos días después, no hacen al caso. ¡En marcha! ¡Las maletas! ¡En marcha!

—Considera que no puedo abandonar así á esa

criatura—respondí—. He vivido con ella tres semanas; debo despedirme y hacerle un regalo. No puedo irme así, no puedo portarme como un cochino.

Pero ni me atendió ni quiso escucharme, apresurándome, hostigándome. A pesar de lo cual no cedí.

Estuve todo el día en casa esperando á que Francesca volviese. No volvió. Por la noche, mientras comíamos, Pablo me dijo, triunfante:

—¡Tiene gracia! Ella se cansó antes que tú; amigo mío, te ha dejado. ¡Tiene gracia!

Confieso que me sentía molestado, sorprendido. Pablo, en mis propias barbas, reíase de mí, haciéndome burla.

—El recurso no es malo, pero es muy primitivo: «Aguarde usted, en seguida vuelvo.» ¿Piensas aguardarla mucho? ¿Quién sabe? Acaso cometas la estupidez de ir á buscarla donde te ha dicho: «La señora Rondoli, ¿vive aquí?» «No conocemos á esa señora.» Apuesto á que deseas ir allá.

Creí que debía defenderme por decoro.

—No, amigo; si no ha vuelto mañana por la mañana, te aseguro que me voy en el expreso de las

ocho. Habré aguardado veinticuatro horas más; lo bastante para tener mi conciencia tranquila.

Estuve toda la noche inquieto, algo triste, algo nervioso. A las doce me acosté y apenas dormí.

A las seis desperté á Pablo, y dos horas más tarde tomábamos juntos, mi amigo y yo, el tren de Francia.